

Tres hombres

a prueba de poesía.

publicación

Palabras en el Paraninfo para celebrar la poesía

Por cuál causa o nostalgia estamos aquí, por cuál oscura filiación, cuáles rasgos nos son comunes... Quizá estén anotados en los cuadernos del destierro, quizá hasta integren un memorial que dé cuenta de nuestras derrotas, de tantas falsas maniobras, del fracaso. Todo en búsqueda del Reino, del árbol florido que nos bendice con su adiós, a la salida de la comarca, de la caverna en la que moramos. Y, presos en las redes de la impaciencia, demoramos el silencio.

La magnificencia del silencio que en este instante me devuelve vaciadas y vacías las palabras que he pronunciado, embargada como estoy por lo innominado, por las resonancias de los sueños despierptos de Juan Sánchez Peláez, de los dictados que toma de la noche en tránsito hacia lo bello, en trance, diríase, convertido, cuando lo llaman Hombre, según ha escrito, en "un caballo negro por la nostalgia". Y en qué más se han convertido los ojos de este insomne que nos lega "Aire sobre el aire". Quién es, quién en este instante, porque le hemos escuchado decir:

Yo no soy hombre ni mujer
yo sólo tengo resplandor propio
cuando no pierdo el curso del río
cuando no pierdo el verdadero sol
y puedo alejarme libre, girar, bogar,
navegar dentro del absoluto y el
mar blanco

Habiendo llegado a la orilla, insisto y le pregunto al poeta, frente a todos ustedes, en qué se convierte luego Juan Sánchez Peláez.

Lo escucho responder:

"entonces sí soy
el hombre rojo lleno de sangre

y sí soy la mujer: una flor límpida, un
lirio grande

y también soy el alma" (...)

Ser el alma, humano propósito, en el que todos nos embarcamos para intentar despertar el mundo que "está dormido y el poeta, a partir de la revelación, lo despierta". Convencida está igualmente Hanni Ossott de que "el poema es el mundo hecho carnalidad y saber", saber que reclama "entrega, vocación de entrega y atención".

Atención y tensión, temblor ante lo revelado que nos asalta al borde de los párpados, en virtud de la experiencia con la palabra, que se torna acontecimiento si es Rafael Cadenas el afectado, si es Rafael Cadenas quien revela que "De la sensación a la palabra hay un trecho, el espacio de una magnificencia, pero también de un desequilibrio: los seres humanos, en lugar de demorarse en ese espacio silencioso en que ocurre el contacto esencial, acuden apresuradamente a refugiarse en la palabra".

Sí, tiene usted razón poeta Cadenas. No se equivoca tampoco Hanni Ossott. Baste como ejemplo, esta demora, este deambular mío, gozoso, sí, y no menos angustioso, hallándome en medio de lo esencial que es imperceptible, con la tarea, tan honrosa como desafiante, de abrir camino, trazar puentes, para transitar todos, la obra y entonces la vida de tres hombres a prueba de poesía, a prueba de sobrevivir los infiernos del sentido, a fuerza de resistir el perfume de la imagen que se ofrece fácil, que se atraviesa en la ruta y ni siquiera nos deja vacíos. Tres poetas marcados por el destino de la poesía. Tres nombres que han pactado con la vida una tregua para poder regalarse la oscuridad y el encuentro con lo Innombrable. Tres hombres que han conjurado sus biografías y abonan en su libro de horas deudas con la desesperanza.

Decir, decir de, decir sobre Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Rafael Cadenas es decir en el idioma del cosmos, tarea imposible a menos que los dioses den de beber a los oídos de mi corazón y pueda yo darles por cierto que

...un hombre encontró su pareja y se amaron y el hijo que nació
encontró su pareja y la amó / y el hijo que de allí naciera encontró
su pareja y la amó y de allí nació un hijo / y el hombre murió y
volvió otra muerte y se llevó otra vida y otra vida se apagó al
entretanto / y vinieron hermosas costumbres y cambiaron las viejas

costumbres y otras costumbres y modales se cambiaron y se levantaron templos prodigiosos y los templos prodigiosos se fueron y llegaron nuevos templos prodigiosos...

Lo dice Palomares, lo dice porque ha habitado allí, porque con cada poema ha levantado casas de talle largo, habitaciones de cuello alto, porque ha escalado el eco de la primera palabra y ha descendido hasta la raíz más profunda del árbol de nuestro idioma y ha llenado su saco, el saco del alma, el saco en el que guarda las vasijas de sus ancestros -los Cuicas-, el saco en el que preserva la expresión más pequeña de la más profunda emoción vivida, del mayor estremecimiento que le ha producido la diminuta flor del eneldo.

De allí, de ese saco el poeta extrae raíces (seleccionadas en los campos de **La Celestina**, el **Cid**, el Arcipreste de Hita, el Marqués de Santillana, Miguel Angel Asturias ...), semillas con las que enriquece las laderas de las montañas, los márgenes de los ríos -los márgenes de la página en blanco-, todo para decantarlo, reducirlo a la grandeza de los diminutivos que pueblan las aldeas de su existencia.

En tal jornada lo acompañan sus paisanos, gente servicial, gente sencilla, que le enseñó a inclinarse para recoger la cosecha, que le enseñó las inflexiones del alma y un alfabeto al que si le faltan letras, le sobra emoción: no entendería el pájaro, por ejemplo, si se le hablase en una lengua ajena al corazón, y no se sentiría aludido el poeta luego de preguntarle a ese pájaro de los siete colores "*A quién le decís de querer?*".

Poesía de prodigios, poemas de primera vez, de asombros, de asomos del alma que resopla para que la escuchemos balbucear el hábito de estar despiertos, tal y como balbuceante llega la Aurora misma. ¿De dónde? ¿De dónde llega? Palomares lo sabe pero fiel a su proverbial discreción -antes buscando, nunca aseverando- cifró en el título de su primer libro la clave e hizo señas a la poesía toda, a la poesía venezolana toda, para que accediera a "El reino".

Y accedió y quedó reseñado Palomares y reseñado lo sucedido como un acontecimiento por la crítica. Don Juan Liscano se confesó asombrado por "la embriagada y saludable energía de su lenguaje, que, muy libre, muy persuasivo, con giros desacostumbrados y como deliberadamente antipoéticos, desde lo cotidiano y aún ingenuo penetra hasta las regiones más comprometidas (...) Pocos, como él, tan distantes del vacío especulativo...".

Distante del vacío especulativo y del juego formalista, más, sí juega el poeta, "su idioma poético juega con las más variadas posibilidades". Se torna "elíptico, directo al mismo tiempo, real y místico", delante de Guillermo Sucre quien, interpelado, digamos, por la sensuali-

dad y el vigor de la lengua de Palomares, lo halla "real y místico". Y reconoce que el poeta de Escuque "renueva los giros más prosaicos y los prestigia con una gracia y ternura inusitadas".

Porque es ese "un reino de luz y color, de espacios no habitados, de tiempos poblados por un no se sabe qué", hemos leído entre las páginas de María Zambrano como si hiciese explícita referencia al poemario de Palomares; a más de una indagación en ese "no sé qué" que se sugiere "como si fuera -el- aura o -el- lugar natural", la atmósfera de toda criatura.

Entonces, me atrevo y me apropio del juicio de Juan Liscano y les pregunto si acaso no sentimos que Ramón Palomares sabe algo, algo que lo aproxima a esa zona donde "comienza a dilucidarse el misterio de ser hombre". ¿Será, poeta Palomares, que en sus largas caminatas matutinas por San Javier del Valle oficia usted un rito muy antiguo que le otorga la posibilidad de mantenerse en profundo contacto espiritual y psíquico con la naturaleza, que lo inviste de facultades para el ensalmo?

Y la tan excepcional facultad deviene dificultad cuando se transita por las humanísimas aceras de la desazón, de las impostura, de la adornada falsedad. Dificultad a vencer para ser los seres exiliados y escindidos que nos ha sido dado ser. Dificultad que nos advierte Rafael Cadenas. ¿No lo escuchan ahora mismo y desde hace tanto tiempo "interrogarse (e interrogarnos) sobre el hecho 'nimio' de estar vivo", como nos alerta Leonardo Padrón?, de cuya devoción por este antihéroe he sido cómplice, como otras generaciones de lectores que sin demora alguna, juraríamos en este instante y en alta voz que "la poesía de Rafael Cadenas no pasa impunemente por los ojos de quien la consume".

Pero no son los juramentos precisamente los que ocupan a Rafael Cadenas. Ni pontificar. Ni aleccionar. Contadas, escasas son sus certidumbres. De manera que aquí y ahora, lo intuyo en cordial desacuerdo con el haber llamado la atención, párrafos atrás, sobre el "misterio de ser hombre" y daría crédito Cadenas, presumo, a un par de citas que hurtara Padrón entre las páginas de sus libros: "Vivir en el misterio: frase redundante". "La vida es la protagonista".

Y de sentirla en nosotros es de lo que se trata, intenta comprender y hacernos comprender Cadenas, sacando algún provecho de sus gestiones para vivir, de sus gestiones para acceder a la palabra que no siempre le ha correspondido, y así lo ha declarado: "A pesar de haber escrito un libro en defensa de nuestro idioma, soy un pobre verbal. Me faltan las palabras. Tienen la costumbre de perderseme. Les gusta dejarme solo. Seguramente, pienso, me cobran los años de abandono en que las tuve por buscar codiciosamente la realidad. Hoy me parece que no hay nada que buscar y que tal vez sólo se trate de sentir la vida en nosotros.

¿A qué suena, cómo y dónde duele eso? “Eso que no tiene nombre y sobre lo cual nada se puede decir”, adelanta Cadenas volviendo la mirada hacia “ese no se sabe qué” del que María Zambrano nos diera noticia, eso que se llama o es llamado “lo desconocido, el misterio, la naturaleza, el ser”, aunque no tenga nombre y se niegue a ser descrito.

Eso inaprensible que somos nos hace presas del sobresalto, nos entrena en el uso de los signos de interrogación, a los que vuelvo a aferrarme para inmiscuirme entre sus dudas, poeta Cadenas; me aprovecho de ellas para ser un no sé qué con usted. Escúchese bien, repita consigo mismo, repita conmigo:

“¿Quién eres
para ofrecerte? —te decías—

Cuánto no te costó
ver
que eres
al mismo tiempo
menos y más
de lo que creías,
pues perteneces.”

Pertenece, nos pertenece Rafael Cadenas, sus libros se nos tornan precario pero único equilibrio para asomarnos a los acantilados del alma. Desde allí, le prometemos poeta Cadenas honrar la tarea encomendada:

“Custodia la lengua
con la que adoras.
Ella muestra y oculta
tu rostro,
la presencia,
el más poderoso reclamo.”

Reclamo, reclamo ardoroso a los ojos para que se abran y miren y digan y nombren lo que ni siquiera sabemos si es visible, es el de Juan Sánchez Peláez. El ha tanteado la presencia, la figura, de lo inimaginable, de lo intangible, ha pasado la vida en vela cuidando de nosotros, presto para advertirnos que “la belleza es la muerte segura”, presto para alertarnos sobre las trampas de la fe en la belleza, esa santa e impúdica perra.

El, Juan Sánchez Peláez, ha sido el lazarillo del desvelo, del trance nuestro por los parajes de la sensualidad y de lo que humilla de tan prístino. Dueño y señor ha sido de la “oscura transparencia” que hace soplar y resoplar en medio de su pecho, a riesgo de la asfixia, en nombre de atisbar al menos las cenizas del misterio. Eso “que se escapa a la

atribución de significados, como si la palabra poética estuviera en otro lugar, en un más allá de los significados, un discurso atado a zonas inconscientes que se escapa al contenido de las palabras y que se encuentra más cercana al mundo de la música”, ha dicho Alberto Márquez mientras amorosamente vuelve a concentrarse en la tarea de hacernos aún más próxima la obra de Sánchez Peláez

Pero cuán equívoco ha sido el no entrar a ver qué hay en el trasfondo de sus imágenes. No entrar a ver el trasfondo de sus silencios, de sus temores, el trasfondo del vacío, de su celda, de su jaula. Que merezcamos su perdón, ansío. Que merezcamos verle marchar hacia el fondo del jardín, le ruego.

Porque no ha sido por desapego. Obnubilados nacimos a la poesía que dispuso usted para nosotros con la rúbrica de aquel que tiene

“una grieta en su rostro y en el enigma de ser”.

¿Es ese usted? ¿Es ese hombre Juan Sánchez Peláez? No nos crea tan inocentes, sabemos que es usted quien dice:

“Soy de pies a cabeza la gran vacilación del hombre”.

Vacilación engendrada en su búsqueda de claridad, de “un decir inscrito en la ‘realidad’, pero de una realidad que no se ajusta al orden convencional, dando cabida al sueño, al inconsciente, a las sutilezas de la psique, a las trampas del yo”, ha sabido reconocer la sensibilidad de Alberto Márquez.

Y de las trampas del yo nos defiende Juan Sánchez Peláez. Nos defiende dándonos albergue entre sus manos y orando en medio de la noche, en medio de sí mismo:

“Por los ritmos primordiales de
nuestro tierra
que es dura y suave

por los cinco sentidos
y nuestro abismo

por querer paladear la luz
nos arrodillamos y lloramos así:

si tu boca está en lo infinito
y tu espina es mi pan

ya debes tener dos piedras sobre cada
mano del desierto

ya no posees abejas dentro del panal
ni manantiales sino montañas elevadas

y continúas dormido en los páramos

que no son albergue de nadie

y es inútil que hagamos frente a ti
salvas de aplausos o disparos con fusiles

y no te importa el grito demasiado audible
entre nosotros

y no te repones del sueño
ni de tus páramos que sueñan también
ni de la claridad eterna

jamás."

Jamás se repondrán del sueño ni de la claridad eterna Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Rafael Cadenas. En caravana salieron de sus vidas en ruta hacia el hallazgo de SER en medio de lo inaudible de sus almas, mientras invocan su primer, único y último aullido, el aullido que se confunde con el canto de sus madres en este recinto. ALMA MATER. Universidad de los Andes que honra lo que en ella es esencia, honrando la Poesía. Honrando a Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Rafael Cadenas. TRES HOMBRES A PRUEBA DE POESIA.

Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Rafael Cadenas: en deuda quedo por haberme marcado con su confianza. En deuda quedamos todos por haber mermado nuestra ingrititud, por devolvernos al misterio de estar aquí.